

# DEL FIN DEL PORFIRIATO A LA REVOLUCIÓN EN EL SUR-SURESTE DE MÉXICO

Carlos MARTÍNEZ ASSAD  
*Facultad Latinoamericana de Ciencias  
Sociales*

## LA TRANSICIÓN

LOS AVANCES HISTORIOGRÁFICOS RECIENTES TIENEN dos ventajas: se ha reconocido la pluralidad del país y se ha profundizado en su conocimiento. Pero, en contraparte, existen dos problemas: no se sabe cuándo empezó todo lo que permite interpretar el actual sistema político mexicano y cómo darle coherencia a un discurso que, por su diversidad, apenas nos deja encontrar el hilo de una madeja aún sin deshilar completamente.

La revolución mexicana puede tomarse como el inicio, el partaguas entre el México decimonónico y el México moderno, el país de las tradiciones arraigadas y de los procesos modernizadores. El paso de la sociedad de antiguos agrupamientos a la sociedad en la que el individuo, el ciudadano, pasó a convertirse en el actor central de los procesos.<sup>1</sup> Sin embargo, se puede volver la vista atrás y, para no remontarnos al México antiguo, asumir y entender el convulsionado mundo político que porta el signo del liberalismo, en su pugna con el conservadurismo.

La región del sureste encontró en esos dos momentos la clave de su llegada al siglo XX, diferente a la de otras regio-

<sup>1</sup> GUERRA, 1988.

nes tan distantes como los tiempos históricos que representan. Región amplia compuesta por espacios menos diferenciados entre Yucatán, Campeche, Tabasco y Veracruz, a lo largo de los siglos XIX y XX. Es cierto, sin embargo, que mientras la colonia arraigaba en Veracruz, aun durante el siglo XVII, el resto de la región era assolada por la piratería. Campeche y la isla del Carmen fueron escenarios de permanentes saqueos, creándose fuertes tensiones en Veracruz, Tabasco y Yucatán, los cuales, pese a la presencia de las milicias virreinales, también resultaron lugares atractivos para la actividad ilegal. Las invasiones de la villa de Santa María de la Victoria propiciaron el peregrinaje de la capital de la provincia tabasqueña hacia otras localidades.

No eran éstos, sin embargo, los únicos contactos de la región; intensa actividad comercial unía a las provincias articuladas en el golfo de México. Numerosos barcos iban y venían transportando productos diversos, y ya en el siglo XVIII, Campeche y Tabasco utilizaron a Veracruz para remitir productos que seguramente encontraban sus mercados más allá de las fronteras de la Nueva España.

El caso más conocido es el del comercio del palo de tinte o árbol de Campeche, cuyo destino eran remotos países europeos como Inglaterra, Francia, Alemania y Holanda y que alcanzó incluso la región báltica para teñir sus muy apreciadas telas, por proceder de las fábricas de Lancashire, de Alsacia y de Liverpool. A cambio de los quintales de palo de tinte exportados llegaba el trigo necesario para el consumo. De Tabasco, además de ese producto obtenido incluso por medio de la piratería interna —que se llevó también las maderas preciosas de las selvas chiapanecas a Europa—, salía el cacao, el plátano y desde las postrimerías del siglo XIX el henequén de Yucatán, que se impuso como el eje del desarrollo agroexportador cuando la hacienda henequenera se contaba entre las unidades más productivas. Con Tabasco y Campeche, mantenía los índices más altos de producción agrícola per cápita en el país.<sup>2</sup>

Ésos fueron los años en que Yucatán definió su carácter

<sup>2</sup> Véase *Yucatán*, 1981.

como entidad federativa, luego de vencer la inestabilidad mareada por la guerra de castas, cuando se separó de Campeche y reorganizó la actividad productiva con la disponibilidad masiva de mano de obra indígena,<sup>3</sup> gracias al acuerdo de los poderes civil y militar decididos a salvaguardar la estabilidad.<sup>4</sup>

El comercio de la región permitió el contacto con embarcaciones procedentes de todas partes del orbe, de Nueva Orleans, de Galveston, de Nueva York, de La Habana, de España, de Inglaterra, etcétera, lo cual significaba la presencia de extranjeros de muy diferente procedencia, hombres que venían tras las riquezas del Nuevo Mundo, algunos con más suerte que otros. Lo importante de estos vínculos fue el aire cosmopolita que recorrió el Golfo durante tantos años y que le dio a sus habitantes la posibilidad de encuentro con otras formas de pensamiento, de apertura a nuevas ideologías en lo pedagógico, en lo religioso y, desde luego, en lo político.

A la muerte del presidente Benito Juárez, apenas se intentó definir la tendencia que prevalecería al final del siglo. Con el Plan de Tuxtepec, la estrella del general Porfirio Díaz, uno de los más fuertes defensores del país frente a las agresiones externas, como la del efímero imperio de Maximiliano, comenzó a brillar por sí misma. Pero aún debía hacer frente a los partidarios de Sebastián Lerdo de Tejada, quienes mantenían algún arraigo en esta región.

El movimiento tuxtepecano, sin embargo, avanzó pese a las manifiestas contradicciones de sus seguidores, las cuales se resolvieron al haber elecciones en casi todos los estados; cuando la época que Daniel Cosío Villegas llamó tuxtepecadora llegó a su fin, al comienzo del periodo del general Manuel González en la presidencia de la República (1880-1884). Díaz había nombrado al general Juan de la Luz Enríquez jefe de la línea militar de Tabasco, Campeche y Yucatán. Pero al llamar a elecciones el candidato oficial resultó Joaquín Baranda, nada menos que el secretario de Jus-

<sup>3</sup> RODRÍGUEZ PIÑA, 1990.

<sup>4</sup> SIERRA, 1981, pp. 24-25.

ticia e Instrucción Pública del gobierno del general González. Por lo tanto,

No es de sorprender que la prensa local oficiosa acogiera su candidatura como el único remedio para curar las divisiones hasta entonces irreconciliables de los liberales del Estado. Es más, se usa como el argumento más contundente para apoyar su candidatura el que Baranda fuera ministro; si daba la medida en una Secretaría de Estado, lógicamente le sobraba capacidad para gobernador ínsula tan modesta. Así consiguió Baranda un sufragio "unánime"; tomó posesión el 16 de septiembre de 1883, y al poquísimos tiempo pidió licencia para recuperar su cartera de Justicia".<sup>5</sup>

Baranda se quedó dos años en la cartera de Justicia e iba y venía del ministerio a su gubernatura. Descendiente de una familia arraigada y poderosa, su padre había sido gobernador de Yucatán y de Campeche de 1871 a 1877, y unía a su personalidad

...una experiencia política personal muy completa en diversos puestos, una red de conocimientos y de parentela muy amplia, y una habilidad política consumada que hace de él un personaje clave en los nombramientos de los puestos públicos y más particularmente de los concernientes a Campeche y Yucatán. Por ejemplo, logra allí hacer nombrar gobernador, en 1898, a su cuñado Francisco Cantón, cuando éste había sido uno de los principales caudillos conservadores e imperialistas de la península [cargo al cual dimitió por su oposición a la candidatura presidencial de Limantour].<sup>6</sup>

Por cierto, Baranda, en su papel de ministro, envió la recomendación de una reforma educativa en 1891 a varios estados, algo que resultaba puntual en la problemática de ese momento, por ser un canal indispensable en el reforzamiento de una ideología nacional. La misiva, enviada al gobierno provisional de Campeche, decía:

<sup>5</sup> COSÍO VILLEGAS, 1970, p. 593.

<sup>6</sup> GUERRA, 1988, p. 86.

Me alienta la esperanza que quizá encuentre usted entre los preceptos, algunos que pudieran ser aplicables a ese Estado a su digno cargo, y si fuera así, se conseguiría uniformizar en toda la República la enseñanza primaria, caracterizándola como un elemento nacional de fuerza de paz y de progreso.<sup>7</sup>

Las ideas de Justo Sierra y de Gabino Barreda, en sus dos acepciones del positivismo, habían impregnado el ambiente de la necesidad de un cambio para alcanzar una educación moderna. Por eso, otros teóricos de la pedagogía encontraron tanto arraigo en México. Las ideas de Rébsamen y su educación liberal se identificaron con la enseñanza moderna, iniciándose en el sureste un proceso de adopción de pedagogías novedosas, vigentes todavía muchos años después.<sup>8</sup>

Por otra parte, la situación en Yucatán parecía de más difícil solución porque cuando a principios de 1877 Díaz nombró gobernador a Agustín del Río, éste declaró que por primera vez en su vida pisaba suelo yucateco. No obstante, otros gobernadores fueron elegidos antes de terminar el siglo. Del Río fue ante todo un buen agente electoral, tal se desprende de la misiva enviada a Díaz en la que le informaba sobre sus procedimientos, los cuales coincidían desde luego con los del régimen:

Fueron llamados los jefes políticos. A cada uno se le dio un pliego cerrado con la lista respectiva. Ese pliego debía ser abierto en las respectivas cabeceras de sus partidos. Aquí —en Mérida— se guardó absoluta reserva respecto de las listas. Todos los

<sup>7</sup> Cosío VILLEGAS, 1970, p. 309.

<sup>8</sup> Es interesante la preocupación de Díaz por la educación, concebida como parte estratégica del desarrollo del país. En su mensaje al Congreso del 30 de noviembre de 1896, anunció una reforma: "El problema de la educación pública presentaba, entre nosotros, una dificultad doble y exigía una doble solución. Por una parte, urgía difundirla para hacerla llegar al mayor número de ciudadanos y multiplicar las escuelas para dar en ellas hospitalidad a los innumerables desheredados del saber; por la otra, era indispensable mejorarla en calidad, desterrar los procedimientos rutinarios, rehacer los programas y los métodos, acabar con la anarquía docente unificando a la vez la materia y la forma de la enseñanza." Cosío VILLEGAS, 1970, p. 406.

círculos estaban desorientados, preguntando qué haría el gobierno. Nada contestábamos a eso, y el resultado fue que cuando conocieron las candidaturas nuestras, era tarde para que nadie hiciera nada en contra. Se verificaron ayer las elecciones en una paz octaviana y les dimos capote a todos.<sup>9</sup>

Poco importa que el elegido fuese José María Iturralde; lo significativo eran los métodos que los tuxtepecanos utilizaban para asumir el control político del país y la profiguración, hasta cierto punto, del sistema político mexicano como se caracterizaría muchos años después, incluso luego de haber pasado por una revolución. Y comienza ese juego entre el poder central y las regiones cuando el gobernador Romero Ancona declaró estar dispuesto a hacer su lista de diputados “sin intervención alguna”; lo que quizás de manera intuitiva quería decir respeto a la soberanía estatal.

Mientras tanto, en Tabasco, Simón Sarlat no veía con simpatía la candidatura de González para la presidencia, antes de que José Francisco Lantz se considerara el primer gobernante constitucional electo y cuando estaba por iniciarse la larga época en que Abraham Bandala dirigió los destinos de ese estado.

Las formas que revistió el porfiriato en toda la región no parecen tan diferentes. La situación política cambió en un decenio, lapso en el cual se pasó de un gobierno disputado por los intereses locales a un gobierno centralizado que, cuando convenía a sus intereses, respetaba a las partes.

Durante el gobierno de Juan de la Luz Enríquez en Veracruz, hubo varios conflictos debido a la peculiar manera de entender la relación con el centro. Surgieron numerosas quejas de los veracruzanos por las cargas impositivas de su gobierno.<sup>10</sup> Sin embargo, las que más preocuparon a Díaz fueron las de los señores de la tierra, porque una ley de Hacienda del estado grabó cada hectárea de terreno, según su

<sup>9</sup> Cosío VILLEGAS, 1970, p. 462.

<sup>10</sup> Colección General Porfirio Díaz, leg. 12, caja 3. Por ejemplo, la del 16 de febrero de 1887, cuando los empleados del Banco Nacional se quejaban de contribuciones que no podían soportar.

calidad.<sup>11</sup> Los problemas de la relación de Veracruz con el centro fueron tan serios que Díaz escribió al gobernador: "...los estados son tanto más fuertes cuando más cuentan con la Federación, y se ha visto muy claro, sobre todo en los últimos días el firme apoyo y hasta la solicitud con que el Gobierno General ha procedido en auxilio, innecesario, de ese Estado".<sup>12</sup>

En cambio, la situación en la subregión tierradentro, como Chiapas, era otra, en parte porque el gobierno de Emilio Rabasa había sabido interpretar los designios del presidente. En una carta que le dirigió al comienzo de 1894, le informaba: "no hay necesidad de que se prolongue mi destierro". Aunque tenía razones personales para separarse del gobierno chiapaneco, Rabasa informaba haber arreglado los asuntos de la tesorería y que el estado había elevado su presupuesto de 180 000 pesos en 1891, cuando asumió la gubernatura, a 359 000 pesos en 1894.

El estado podía poner a disposición de la federación a más de 1 000 hombres. La instrucción pública mejoró notablemente. Cuando Rabasa llegó a Chiapas, la federación sostenía una sola escuela en el pueblo de Huistán, y en tres años pasó a sostener más de 100 de segunda y tercera clases (anunciaba que podían aumentar a 174), dos escuelas preparatorias, un colegio de enseñanza superior para niñas y la escuela industrial militar.

Las comunicaciones mejoraron con la canalización del río Meczcalapa, para facilitar la relación con la población de Comitán, con el estado de Tabasco y con el Golfo. Aunque el mismo gobernante confesaba, planeando su regreso a la ciudad de México, que sólo se atrevería a transitar por Tabasco acompañado por señoras en los meses de marzo y abril. No obstante, aceptaba su responsabilidad y estar disponible en

<sup>11</sup> Así lo demuestra la carta del presidente al gobernador Juan Enríquez del 19 de febrero de 1887, pidiéndole derogar esa ley y atender las protestas. Colección General Porfirio Díaz, leg. 12, caja 3.

<sup>12</sup> Las mayúsculas son del texto. Carta del general Porfirio Díaz al general Juan de la Luz Enríquez del 6 de agosto de 1895. Colección General Porfirio Díaz, leg. 12, caja 3.

cualquier momento para regresar a Chiapas, si su presencia fuese indispensable en ese alejado estado.<sup>13</sup>

El rejuogo del poder que tantos elementos tuvo durante la era tuxtepecana pareció decrecer al finalizar el siglo XIX, y ya a comienzos del XX la política tenía embragues que anunciaban descomposturas y el cansancio de un modelo que por reiterado se agotaba y permitía rupturas por las cuales se empezaron a colar las críticas al régimen. Los espacios no cubiertos por la dictadura fueron aprovechados por movimientos reivindicadores de clase o por simples manifestaciones y denuncias de la miseria y la explotación. Ahí estaban para muestra los peones acasillados que crearon la riqueza de los señores del henequén, los trabajadores de las monterías en Tabasco, los peones acasillados de Chiapas, los numerosos indígenas desposeídos de sus tierras en Oaxaca, los estibadores de Veracruz y de Campeche.

Incluso la clase política se preguntaba, como en el caso de los tabasqueños: “¿El gobierno central ya ha decretado fría-mente nuestra ruina?” Y con mayor angustia, se dirigían al general Díaz:

No simpatizamos con el sistema de gobierno que habéis implantado en el país, pero tenemos suficiente buen juicio y recto criterio para no pensar en revueltas ni en postulaciones ridículas, dado que no es el pueblo quien ha de resolver sobre el candidato que rija sus destinos.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Colección General Porfirio Díaz, carta de Emilio Rabasa al presidente, 12 de enero de 1894, leg. 12, caja 3. Antonio García de León piensa que Rabasa fue un “Díaz local [que] supo perfectamente utilizar los deseos de autonomía y soberanía tan caros a los finqueros [...] El régimen que contribuyó a fortalecer fue una ‘dictadura democrática’, necesaria para el posterior advenimiento de la ‘era institucional’ que algún día sustituiría al viejo dictador...” GARCÍA DE LEÓN, 1985, vol. 2, p. 16. Thomas Louis Benjamin coincide: “El programa iniciado por Rabasa en 1891 sentó las bases para la posterior expansión económica, si bien después de 1900 disminuyó la presión en favor de un gobierno activo”, BENJAMIN, 1990.

<sup>14</sup> TARACENA, 1974.

Y apenas corría el año de 1905.

En Yucatán, la voluntad política de Olegario Molina, quien llegó a ser secretario de Agricultura y Fomento de Díaz, influía en las decisiones sobre los gobernadores de esa entidad. El paso vertiginoso de varios de ellos, al igual que en Tabasco, ponen en evidencia la inestabilidad con la que el porfiriato llegó a su fin.

### LA REVOLUCIÓN

Frente a las intrincadas luchas de los principales grupos cobijados por el antiguo régimen, reunidos alrededor de figuras paradigmáticas como Bernardo Reyes, José Ives de Limantour, Ramón Corral, el maderismo resultó una opción inicial aglutinadora de las disidencias fuera del aparato estatal, y en cada rincón del país fueron gestándose movimientos que llegaron a la unificación en torno a las ideas expresadas en el libro de Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial en 1910*. Dos movimientos de esta amplia región del sureste serán considerados precursores: el del presbiteriano Ignacio Gutiérrez, en La Chontalpa tabasqueña y la rebelión de Valladolid, en junio de 1910,<sup>15</sup> aunque queda mucho por aclarar sobre sus vínculos con el maderismo o con una propuesta más estructurada, o si se trataba de conflictos que aparecieron naturalmente al final de la dictadura, como lo ejemplifica el caso de Oaxaca. De ese estado eran originarios los hermanos Flores Magón y algún efecto tuvo que dejar su prédica expandida en todo el país por medio de su diario de circulación nacional *Regeneración*. Lo que todavía no sabemos de manera contundente es hasta qué punto lograron influir en el movimiento precursor.

El gobernador Miguel Bolaños Cacho fue considerado opositor de los "científicos" y su disidencia puede tomarse más como parte del juego político en los últimos tiempos del porfiriato que como movimiento precursor, porque en Oaxaca el maderismo no tuvo tanto efecto. De hecho, Madero realizó una breve visita, pero es posible que los oaxaqueños

<sup>15</sup> Véanse BASTIAN, 1989 y MENÉNDEZ, 1919.

no le perdonaran el sacrificio de su compañero inicial de fórmula Francisco Vázquez Gómez, hermano de Emilio, con fuerte presencia en la política del estado, de donde eran originarios.<sup>16</sup>

Esta primera etapa de la Revolución fue rápidamente cancelada por el cuartelazo de Victoriano Huerta. Madero no había podido desarticular el ejército de línea, ni hacer una alianza decidida con los campesinos, y pagó muy rápido las consecuencias. Abrió, no obstante, nuevos espacios políticos; por ejemplo, de Yucatán surgió el Club Antirreeleccionista cuyo presidente, el licenciado José María Pino Suárez, se convertiría en su compañero de fórmula para la vicepresidencia. El proceso yucateco generó nuevos actores sociales y revueltas locales, sin embargo

. . . mientras que en buena parte del resto de México estas conmociones locales fueron el preludio inexorable de la guerra civil y la destrucción del orden oligárquico tradicional, en Yucatán el antiguo régimen sobrevivió. En consecuencia, la Revolución mexicana tuvo que imponerse desde afuera.<sup>17</sup>

El carrancismo fue la tendencia dominante en una segunda etapa, en la cual no se logró la unidad incipiente que alcanzó Madero, pero de su seno surgió el grupo que más tarde encabezó el general Álvaro Obregón. La diáspora de movimientos y de filiaciones políticas que surgieron entonces fueron muy amplias. Carranza tuvo que enviar a sus colaboradores más próximos a poner orden en las diferentes

<sup>16</sup> Véase MARTÍNEZ VÁZQUEZ, 1993.

<sup>17</sup> JOSEPH, 1993, p. 7. Es ésta una de las hipótesis más interesantes sobre el proceso revolucionario en el sureste y el mismo autor la maneja con rigor en JOSEPH, 1992. No deja de ser curiosa la coincidencia con los gobiernos posrevolucionarios sobre el sentido de importar la Revolución a estados donde, desde la perspectiva oficial, no la hubo; posición ejemplificada cuando Moisés Sáenz visitó Quintana Roo en 1929: "Me preocupo por hacer que la Revolución llegue al territorio. Aquí se ha estado como estábamos en 1910. Aquí no ha habido agitación. Es necesario repartir tierras. Hay que crear el ejido. Necesitamos producir maíz. Hay que ir contra los explotadores, contra los concesionarios. Hay que combatir a los reaccionarios y a los curas". SÁENZ, 1939, pp. 57-58.

regiones donde el poder se había desarticulado y las tensiones entre los grupos locales habían aumentado; así llegó Salvador Alvarado a Yucatán en marzo de 1915, respaldado por 7 000 soldados constitucionalistas; Francisco J. Múgica, a Tabasco, y Joaquín Mucel, a Campeche. En Veracruz, la presencia de Cándido Aguilar, yerno del primer jefe, le garantizó su temprana inserción en ese estado.<sup>18</sup> Claro que para Veracruz la Revolución “desde afuera” no tenía sentido. Allí, el descontento rural tenía una larga historia.<sup>19</sup>

Esos avances fueron significativos por dos razones: para el carrancismo, porque en esos estados, atareados en resolver sus propias diferencias internas, el poder del centro era prácticamente ignorado, debido a su lejanía y a la dificultad de las comunicaciones en el interior del país, así como por la riqueza agrícola, necesaria en el proceso de reconstrucción nacional. Tanto Alvarado como Múgica tendrían un éxito relativo, que se manifestó en la mirada crítica con la cual sus respectivos gobiernos enfrentaron los privilegios heredados del pasado, la explotación de los trabajadores, y decidieron aplicar los postulados desprendidos de las leyes de Reforma en lo relativo a la libertad de enseñanza, a la separación de la Iglesia y del Estado, así como en la aplicación de los reglamentos respecto a los bienes del clero y a la regulación de su actividad civil. También propusieron ambos la solución a los problemas de una organización económica enfrentada a los avances del mundo moderno.<sup>20</sup>

La aplicación de los postulados de la Constitución de 1857, pese a las críticas internas, les valió dejar sus cargos como gobernadores provisionales para asistir como delega-

<sup>18</sup> Abunda en datos sobre la implantación del carrancismo en Veracruz y en particular sobre la figura del yerno de Carranza, el libro de CORZO, GONZÁLEZ SIERRA y SKERRIT, 1986.

<sup>19</sup> Heather Fowler Salamani caracteriza muy bien las condiciones que hicieron de Veracruz un territorio propicio para la Revolución. Según ella, a manera de ejemplo, la sublevación de 1906 “representó la continuación de formas de revuelta del siglo XIX en la cual las fuerzas de la modernización porfiriana habían conducido a numerosas rebeliones indígenas de consideración”, en SALAMINI, 1993.

<sup>20</sup> MARTÍNEZ ASSAD, 1979.

dos al Congreso Constituyente convocado por Carranza a finales de 1916. La actuación de Alvarado ya había dejado huella en la península yucateca, alcanzando su influencia a Campeche, donde a finales de 1915 Mucel pasó al estado el control de la Comisión Reguladora del Mercado del Henequén, un paso similar al dado en Mérida para desarticular el poder de la oligarquía.

Así como la acción de Múgica en Tabasco preparó el camino para la instauración del poder de Tomás Garrido Canabal, Alvarado diseñó el escenario para los espectaculares tiempos de Felipe Carrillo Puerto, y Joaquín Mucel Acera-to, de alguna manera, sentó las bases para la futura actividad "socialista" de Ramón Félix Flores en Campeche. Mucel llegó a Campeche el 10 de septiembre de 1914, nombrado gobernador y comandante militar por Carranza, preocupado por la "alarmante concentración de la tierra y la riqueza", y como otros enviados desde el centro, realizó una serie de reformas para contribuir a la emergencia de los sectores populares.<sup>21</sup>

El sureste se inflamó con una corriente revolucionaria no siempre incondicional del poder central, que se fortalecía. Elementos históricos y culturales daban a esta región un contenido revolucionario diferente a la Revolución que venía del norte, asociada sobre todo con los proyectos agraristas y obreristas, con referencia al zapatismo y al obrerismo veracruzano. Del sureste, en cambio, surgieron las propuestas más radicales de un proyecto emergente en términos burgueses, asociado a la aplicación del jacobinismo, no reducido sólo al anticlericalismo sino en su más amplia acepción. De ahí, la instauración de un nuevo liderazgo político con un fuerte potencial ideológico en cuanto a la organización social, la lucha por lo que debería ser la nueva sociedad surgida del proceso revolucionario y su reclamación pragmática de mayor autonomía respecto a las decisiones centralistas, amparados primero en la aplicación de los postulados de la Constitución de 1857 y luego en la de 1917.

Entre 1920 y 1924, el obregonismo dominante dio pauta

<sup>21</sup> ABUD, 1990.

a la radicalización del proceso político para la conformación del nuevo Estado. La intención centrífuga con la cual se organizó el Estado liberal se deterioró con la caída de Díaz y repercutió en las regiones, abriendo posibilidades de alcanzar cierta autonomía. El caso extremo fue el del movimiento de la Soberanía en Oaxaca, para demostrar la incapacidad del movimiento encabezado por Carranza de lograr un proceso hegemónico que le permitiera legitimar su dirección política. Los soberanistas ocuparon diez meses la capital de Oaxaca en 1915 y su pequeña guerra civil sólo terminó con las negociaciones realizadas por el general Obregón.<sup>22</sup> Después vino la institucionalización o, en todo caso, la imposición de una lógica nacional que predominara sobre los intereses y motivaciones locales. En el régimen de Manuel García Vigil se llevó a cabo una nueva negociación política que buscó oficializar la Revolución consolidada; por ejemplo, realizó una reforma agraria que nunca preocupó demasiado ni a los revolucionarios oaxaqueños ni a sus vecinos más próximos.

La vida política en el sur-sureste también estuvo asociada con la organización partidista regional. Los partidos regionales surgían por todo el país; pero sus programas resultaban más coherentes e impactantes para la sociedad allí donde estuvieron vinculados tanto con la presencia de destacados líderes —que conformarían lo que luego se conoció como el caciquismo revolucionario—, como con la existencia de movimientos sociales de cierto alcance, arrastrando tras de sí a los campesinos, a los obreros, a los profesores, a las mujeres, etcétera. El Partido Socialista Radical Tabasqueño se convirtió en el brazo articulador del garridismo; el Partido Socialista de Yucatán —y luego del Sureste—, en el apoyo fundamental de Carrillo Puerto, así como la figura de Ramón Félix Flores quedó asociada al Partido Socialista Agrario en Campeche; mientras, en Veracruz, Adalberto Tejeda buscó poner en práctica un modelo organizativo similar, primero con un partido agrarista y luego con otro de

<sup>22</sup> RUIZ CERVANTES, 1986.

corte popular más ideologizado, como lo fue el Partido Socialista de las Izquierdas.

Son demasiadas coincidencias en torno al término de socialismo como para pasarlo por alto, pero no se trata de un concepto claro y homogéneo, como más tarde se entendería; ni siquiera hubo una definición teórica previa. El socialismo, en un sentido pragmático, designaba la preocupación de los gobernantes por las clases trabajadoras y por la aplicación de medidas para resolver sus problemas, usando con demagogia la idea de una sociedad igualitaria y sin carencias. Definiciones que no eran contrarias a los contenidos populares en las regiones, pero que en el sureste fueron más ideologizadas y, con la excepción de Veracruz, distrajeron la aplicación real de esos proyectos. Desde luego, la revolución soviética, entonces en boga, auspició esos contenidos políticos y, paradójicamente, la denominación peyorativa de bolcheviques a quienes querían llevarlos a la práctica.

A diferencia de la Revolución en el centro y norte del país, donde tuvo una importancia primordial la cuestión agraria, que hizo de los campesinos y de los rancheros actores centrales, en el sur y sureste los grupos sociales emergentes dieron un perfil distinto al cuadro de los revolucionarios. En Tabasco se revelaron los exponentes de una clase social que no había podido completar todas sus expectativas para enfrentar nuevas formas de producción y otros mercados. En Yucatán, fue la lucha de intereses de grupos que no lograron radicar en Campeche, mientras que Quintana Roo buscó lograr cierto reconocimiento como parte integrante de la federación.<sup>23</sup>

En todo caso, se trató de expresiones *sui generis* sin características que identificaran la situación social con la que prevaleció en el centro y norte de México. Con excepción de Veracruz, donde los campesinos se convirtieron en brazo armado de la Revolución en ese estado, en Yucatán, Tabasco y Campeche, lo social se expresó de otra manera. No quiero decir que en el sureste no existieran los hombres del campo, que vivían del trabajo agrario, sino que el campesi-

<sup>23</sup> Véanse RAMAYO, 1992. y WELLS, 1985.

nado, en su forma de pequeño propietario de una parcela de tierra que le permitió su subsistencia, no existía, debido a las condiciones de producción y los recursos existentes.<sup>24</sup>

Más familiarizados con el cultivo de la plantación y conocedores de la necesidad de un trabajo que reunió a multitud de trabajadores, acostumbrados a lidiar con el henequén en Yucatán y el plátano en Tabasco, la solicitud de tierras no adquirió mucho sentido; independientemente que, de acuerdo con las estadísticas, Yucatán estaba entre los tres primeros lugares de reparto agrario hasta el cardenismo, quizá más por las grandes extensiones destinadas para los ejidos colectivos que por sus propias condiciones ecológicas.

Esto puede contribuir a explicar por qué, pese a proceder de una posición de peones acasillados, de trabajadores cautelosos, siguieron la voz de líderes interesados en resolver no solamente la situación social y económica sino la política para que por medio de una revolución cultural, mantener movilizadas a sus huestes en una acción destinada a transformar la vida cotidiana, las pautas de conducta y, sobre todo, la mentalidad que les permitiera transitar del mundo del atraso y del oprobio al siglo XX, a la modernidad del individuo capaz de defender sus más elementales derechos como ciudadanos.

Éste es el contexto en el cual la lucha anticlerical adquirió un significado particular, para transformar los antiguos vínculos sociales en relaciones en las que predominaron las instituciones modernas. La preocupación por la introducción de nuevas pautas educativas, acordes con el cambio que se estaba operando, llevaron a Yucatán, Tabasco y Veracruz a insistir en un modelo pedagógico que reforzara la concepción de crear un "hombre nuevo", pero también a manifestar una relación equilibrada con el centralismo político que Porfirio Díaz había llevado a sus últimas consecuencias y que los gobiernos revolucionarios —en la misma con-

<sup>24</sup> Se cuenta que cuando Evaristo Madero visitó el estado preguntó por los grandes ranchos, y no salía de su asombro cuando le explicaban que no existían porque las condiciones del suelo y del clima hacían imposible la cría de ganado vacuno.

cepción liberal— vieron como una necesidad para el reordenamiento que se impuso a la caída de la dictadura.

La única alternativa de instrucción a la expuesta por el centralismo hegemónico, representado por las figuras de Carranza y Obregón, fue la surgida precisamente en Yucatán. La escuela racionalista cubrió en un breve lapso toda la franja del Golfo, de Yucatán, pasando por Campeche, Tabasco, Veracruz e incluso Tamaulipas, propuesta educativa hipotéticamente vinculada a cierto impulso regionalizador.<sup>25</sup> Si los constituyentes de 1824 estuvieron influidos por dos tendencias —la de una república federal que, paradójicamente, centralizaba, y aquella que otorgaba el mayor peso a la soberanía de los estados para conformar la república—, en el norte y centro del país prevaleció la primera y en el sur tuvo más arraigo la segunda.

Desde luego, el factor geográfico fue determinante, pues la lejanía del centro era amplia, tanto hacia el norte como hacia el sur, pero el porfirismo dio más relevancia a las comunicaciones que unían a las entidades norteñas. El sur permaneció con mayores dificultades para comunicarse con el centro del país, salvo Veracruz por el puerto y Oaxaca por ser el estado nativo de Porfirio Díaz. Tabasco, todavía en los años cincuenta de este siglo, seguía siendo un estado incommunicado.

El centralismo se impuso finalmente y Quintana Roo —en su paso de territorio a estado de la federación— es un ejemplo importante de las dificultades de ese proceso, que la fuerza hegemónica de la revolución mexicana impuso a esa vasta región.

#### REFERENCIAS

ABUD, José Alberto

1990 *Campeche: revolución y movimiento social, 1911-1923*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la

<sup>25</sup> MARTÍNEZ ASSAD, 1984.

Revolución Mexicana-Universidad Autónoma de Campeche.

BASTIAN, Jean Pierre

- 1989 *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*. México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México.

BENJAMIN, Thomas Louis

- 1990 *El camino a Leviatán. Chiapas y el Estado de México, 1891-1947*. Traducción de Sara Sefchovich. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Colección Regiones».

CORZO RAMÍREZ, Ricardo, José G. GONZÁLEZ SIERRA y David A. SKERRITT

- 1986 *...nunca un desleal: Cándido Aguilar, 1889-1960*. Colaboradora Ana Laura Romero. México: El Colegio de México-Gobierno del Estado de Veracruz.

COSÍO VILLEGAS, Daniel

- 1970 *Historia moderna de México. El Porfiriato. La vida política interior. Primera parte*. México y Buenos Aires: Hermes.

GARCÍA DE LEÓN, Antonio

- 1985 *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los quinientos años de su historia*. 2 vols. México: ERA, «Colección Problemas de México».

GUERRA, François-Xavier

- 1988 *México: del antiguo régimen a la Revolución*. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica.

JOSEPH, Gilbert

- 1992 *Revolución desde afuera. Yucatán, México y los Estados Unidos, 1880-1924*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 1993 "Un replanteamiento de la movilización revolucionaria. Los tiempos de la sublevación en Yucatán", en *Eslabones*, 5 (ene.-jun.), p. 7.

MARTÍNEZ ASSAD, Carlos

- 1979 *El laboratorio de la Revolución. El Tabasco garridista*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- 1984 *Los lunes rojos. La enseñanza racionalista en México*. México: Secretaría de Educación Pública-El Caballito, «Biblioteca Pedagógica».

MARTÍNEZ VÁZQUEZ, Víctor Raúl

- 1993 *La Revolución en Oaxaca, 1900-1920*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Colección Regiones».

MENÉNDEZ, Carlos

- 1919 *La primera chispa de la Revolución*. Mérida: Imprenta de la Revista de Yucatán.

RAMAYO, María Teresa

- 1992 «La Revolución en Quintana Roo, 1917-1940». Tesis de doctorado. México.

RODRÍGUEZ PIÑA, Javier

- 1990 *Guerra de castas. La venta de indios mayas a Cuba, 1848-1861*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, «Colección Regiones».

RUIZ CERVANTES, Francisco José

- 1986 *La revolución en Oaxaca. El movimiento de la Soberanía (1915-1920)*. México: Fondo de Cultura Económica-Universidad Nacional Autónoma de México.

SÁENZ, Moisés

- 1939 *México íntegro*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

SALAMINI, Heather Fowler

- 1993 «Revuelta popular y regionalismo en Veracruz, 1906-1913», en *Eslabones, Revista Semestral de Estudios Regionales* (ene.-jun.).

SIERRA, José Luis

- 1981 «Yucatán 1850-1910», en *Yucatán*, pp. 24-25.

TARACENA, Alfonso

- 1974 *Historia de la Revolución en Tabasco*. México: Ediciones del Gobierno de Tabasco.

WELLS, Allen

- 1985 *Yucatan's Gilded Age, Haciendas, Henequen and International Harvester, 1860-1915*. Albuquerque: University of New Mexico.

*Yucatán*

- 1981 *Yucatán: peonaje y liberación*. Mérida: Fonapas (Yucatán), Comisión Editorial del Estado-Instituto Nacional de Antropología e Historia.